mar de plomo. Sal de plata

VA llegando en silencio, común, ordinario, por debajo de los peñascos indefensos el mar va llegando con su risa de espuma, amplia, grave; en tanto las gaviotas limpiándole los dientes a la orilla corren y golpean con su largo brazo emplumado al agua enfurecida. Y, aquél se regocija, se pasea, se retrae, yéndose complacido con su traje de metal a las espaldas; y sus barbas de acero divirtiendo botes ya varados en la playa, como muertos traídos desde el horizonte lejano, revientan contra las piedras y contra los grandes buques mercantes. Mar de plomo. Sal de plata. Sal que queda arrastrada por el viento, impregnada en los párpados, quemando la frente, oxidando la lengua, atrapando la sed, volviendo al sol un espejo hirviente, inasible –esa misma sal que es el cuerpo, el oceánico cuerpo marino en estado de ebullición—, envuelve a las rocas, a las aves trasatlánticas, a los perros que a cualquier hora del día y de la noche y de la madrugada sin barrotes merodean basurales y ladran a las penas con toda su soledad; envuelve también a los pescadores con su sarta limpiecita atravesando el pequeño poblado de techos inclinados sin sentido, pisos de madera, calles anegadas e indiscretas; y las moscas reinando en la inmundicia de intestinos, de vísceras útiles sólo a los gusanos; de frutas, de comidas, de excrementos en descomposición avanzada, tampoco se quedan atrás. Pero la sal queda padeciendo en el ambiente porteño, en la capitanía cuyo emblema no es una ancla, y en los bares y cantinas y hoteles cuyas puertas desencajadas viven atestadas de marineros y mujeres que ambicionan los impuros besos de la sal; en viejos peluqueros a navaja, vegetales de ardua travesía, animales orientados por el sol; en vigías y obreros durmiendo sin trabajo en el muelle en espera de noticias en los diarios y del tránsito pesado para su retorno; y hasta en las madres estirando el salino billete en los mercados. También los soldados apostados en el torreón padecen la gran noche de la sal y otean desconfiados la sinceridad del mar. La sal queda en los zapatos y en las ruedas de los automóviles y en el casco de los caballos de lujo. Nada escapa al influjo de la sal. ¿Quién no ha perdido un dedo, el almuerzo frío, el sueño en las veredas, dentro y fuera de una fábrica por un puñado de sal? ¿Quién puede vivir sin el argumento de los blancos cristales diminutos? ¿Quién se atreve siquiera a nombrarla?

***

***jcanzino**

La orden

Desde entonces los cocheros dirigen sus caballos hacia oriente despojados de la tierra donde el sol es una navaja de filo agudo cayendo sobre las espaldas. Allá arriba el agua discurre con sabiduría. Desde entonces miles de hombres son recolectados para sufrir la sequía y el desborde que astrólogos y sacerdotes predicen con exactitud catastrófica. Desde entonces, en la silla del conquistador-fuego-y-acero, cómodamente recostado mientras observa con embeleso el elegante cambio de guardia, el rey dirige la cacería dictando a sus huestes procedan con refinada arte marcial al genocidio si aquellos miles de hombres, obreros, estudiantes, jóvenes, amas de casa, desocupados y hasta niños y ancianos no cumplen con la orden: construir cementerios a costo de una ración de manzanas; cementerios cuyas miles de fosas van siendo cavadas con apariencia de grandes obras hidráulicas, colosales emporios fabriles, naves de amplio tonelaje destructivo, monumentos fastuosos, coliseos cerrados, cárceles, templos inútiles y demás fortificaciones que el tiempo devora y la arena cubre impunemente.

***jcanzino**.- del libro "Letras NN", 1996, inédito.

"En el arco iris ¿quién puede trazar la línea donde acaba el color violeta y empieza el anaranjado? Vemos con claridad la diferencia de los colores, pero ¿dónde, exactamente, se mete el primero en el otro, mezclándose con él? Así es con la cordura y la locura. En casos pronunciados, no hay dudad sobre ellos. Pero en ciertos casos presuntos, que se suponen menos pronunciados en diversos grados, muy pocos se atreverían a trazar l línea exacta de demarcación, aunque algunos expertos profesionales lo hacen por unos honorarios. No hay nada nombrable que algunos hombres no se atrevan a hacer por su paga."

***Herman Melville**

- ¡Comadre, para quién es ese platazo!
- Para Ud. Sr. Cura —dijo con voz zalamera la comadre.
- Qué será cojuda mi comadre, tan poquito...

(anécdotas en familia)